

Dios y la novela Española actual

José L. Micó Buchón, S.J.

Es bastante evidente que la Novela es en España el género literario más pujante y más rico. Supera bastante a la poesía, y muchísimo al teatro que es francamente pobre.

Los novelistas españoles son todos bastantes jóvenes; es prácticamente la generación de post-guerra; algunos excesivamente jóvenes, casi sin terminar la carrera. No resulta difícil escoger así de improviso una serie de nombres, todos de verdaderos novelistas: José A. Zunzunegui (Esta oscura desbandada, El Supremo Bien, La vida como es, El camión justiciero...); José María Gironella (Un hombre, Los Cipreses creen en Dios); Miguel Delibes (Diario de un cazador, La sombra del ciprés es alargada); Rafael Sánchez-Mazas (Nueva vida de Pedrito de Andía) y Sebastián Arbó (Sobre las piedras grises, María Molinari, Tierras del Ebro); José A. Goytisolo (Juegos de manos, Duelo en el Paraíso); Camilo J. Cela (La familia de Pascual Duarte, La Colmena, La Catira...); Tomás Salvador (Cuerda de presos...); Giménez Arnau (De pantalón largo, Luna llena); R. Sánchez Ferlosio (El Jarama...).

También las mujeres han acudido al patio de la novela y conseguido interesantes resultados: Carmen Laforet (Nada, La Isla y los demonios, La mujer nueva); Elena Quiroga (Viento norte, La sangre, La careta); Carmen Kurz (Duermen bajo las aguas, El Desconocido); Ana M. Matute (Pequeño Teatro); Dolores Medio (Nosotros los Rivero); Susana March (Algo muere cada día); Carmen Martín Gaité (Entre visillos, último premio Nadal).

La lista se podría aumentar fácilmente, sin salirnos de novelas verdaderamente buenas.

Sin embargo hay un hecho curioso: entre ese abundante cultivo de la novela son contadísimas las obras de enfoque, de interpretación católica; es más: la mayor parte son, si no irreligiosas —lo que sería justo decir—, sí arreligiosas. Esas criaturas nacen, viven y mueren, aman u odian como al margen del Evangelio, y bastante lejos de Dios.

Este es un hecho curioso, en una sociedad donde fundamentalmente, y en una mayoría casi absoluta, la vida y las soluciones de ella están penetradas de catolicismo.

No hace mucho, Manuel G. Cerezales escribía en el diario de Madrid "A. B. C.": "que la novela española, vista en su conjunto, es una novela materialista, opaca, que ignora que en la lucha por la vida, el drama del hombre, se desarrolla en dos frentes, uno social y otro espiritual. Los novelistas producen la impresión que viven al margen de la vida que quieren describir".

Esto no quiere decir, naturalmente, que no haya en España novelas actuales de criterio católico. Las hay, y de las buenas, como "Los cipreses creen en Dios" de Gironella, y mejor aún. "La Mujer Nueva" de Carmen Laforet, o no tan buena —literariamente—, como "La vida por la muerte" de Pedro Escalante. Pero es preciso reconocer lisamente, que son verdadera excepción en nuestro panorama novelístico.

Por todo ello ha sido de grandísimo interés la aparición de la novela "La frontera de Dios (Premio Nadal 1956) escrita por un sacerdote joven: José Luis Martín Descalzo, y con Dios en el centro de la vida.

Otros escritores han intentado en varios géneros literarios con mayor o menor acierto, abordar el problema de Dios para nosotros y su puesto real entre los hombres: Bernanos, Guareschi, Graan Grehen, G. Cesbron, Georges Sion en "El viajero de Forceloup", Carmen Troitiño en "Si llevara agua", Diego Fabri, en "El proceso de Jesús", Vittorio Calvino en "La torre sobre el gallinero" y muchos más.

Algunas de esas obras son buenas, otras sin duda están escritas con buena voluntad y deseo de acertar; sin embargo difícilmente han conseguido dar el real clima de lo sobrenatural auténtico, en nuestros tiempos; y bastantes veces el esbozo es al final sólo una caricatura muy deformada, y hasta voluntariamente grotesca.

Es que "el estilo de Dios" no se puede captar tan fácilmente como los caracteres de unos protagonistas; y la acción jugada efectivamente por la fuerza sobrenatural sigue una propia y desconcertante trayectoria diferente y aun opuesta a las curvas que nos ofrece la psicología antropológica.

Era pues oportuno que un Sacerdote que fuera al mismo tiempo escritor y hombre de su tiempo, se echara al hombro ese haz enmarañado de tantos salientes y asperidades. Porque es claro que una obra de ese contenido, tratada en serio, sin convenciones ni connivencias rutinarias, no ha de resultar un trabajo cómodo. Es además muy peligroso y expuesto. Y se puede en efecto, prever —como decía su autor, en la intimidad, a varios amigos— que el escrito será discutido: Para unos la irrupción de lo divino en la vida sonará a fantasmagoría e irrealidad; para otros la inmersión de Dios en la arcilla pecadora de un pueblo castellano, de "gente que habla como se habla", y vive como se vive, puede llegar a parecer profanación.

Pero Martín Descalzo piensa, con razón, que escribir una novela de verdad no es encerrar la vida pungente de los hombres pecadores tras las cortinas "edificantes" de una sociedad "apta para menores", cree más bien que la novela puede "edificar" y puede construir partiendo —y precisamente por eso— de los fondos reales, aunque pantanosos, de los hombres que caen y se levantan. Pero eso sí, con tal de que Dios ocupe su puesto en la historia, sin que sea un fantasma que pasa, del que nada en claro se sabe, o un flúido sentimental, inaprensible, o una fatalidad opresiva o una pesadilla en la conciencia.

Para mí el mayor mérito de Martín Descalzo está precisamente en haber logrado meter realmente a Dios —al Dios verdadero de la Creación, la Redención y la Santificación del hombre— en la vida vulgar y triste de los hombres.

Una presencia de Dios, sublime, emocionante y naturalísima arrebató en muchas páginas del libro al lector, que sigue viviendo unas pequeñas trágicas aventuras, en el insignificante pueblo Torre, de 347 habitantes; en donde como siempre unos tiraban a buenos como María y Renato; otros tiraban a malos como Satrapa o Dña. Julia; donde se va a Misa, y se va a la taberna, donde hay ricos que acaparan y pobres que blasfeman, donde se peca y se pide a Dios que llueva; donde se derriba una Cruz, o muere el cura arrepentido de no haber sido santo; y se mata a un hombre. porque hace milagros.

En un mísero pueblo de la Meseta Castellana, Torre, la falta de lluvia amenaza las cosechas y exaspera a los hombres. En venganza, una mano sacrilega derriba la venerada Cruz de la Laguna. El terror invade los ánimos. Piensan que será mejor rezar, y obligan a dirigir los rezos a un pobre y beato hombre, el guardavías Renato, infeliz hijo de unos oscuros y tristes feriantes que pasaron por allí: Renato reza al fin, y a su voz la Cruz derribada se levanta. El milagro entusiasma al pueblo. Pero el guardavías quiere huir: le piden más milagros; él no comprende nada. Y con todo aun sin querer, se le escapan otros "inútiles milagros" como resucitar un pajarito... pero en cambio no llueve! El pueblo se indigna, luego cambia de opinión y piensa enriquecerse organizando peregrinaciones y haciendo propaganda milagrera. Renato está furioso, pues ve que se burlan de Dios y explotan la fe. Y golpea furiosamente, delante de todos, a los promotores de la comedia. Los peregrinos defraudados se indignan, los jefes del pueblo deciden acabar con Renato, y en efecto, lo matan una noche, cerca de la cruz milagrosa. "Y precisamente "fué entonces cuando se levantó un viento rápido y fuerte y delante del sol aparecieron cuatro nubes moradas. Y crecieron, y crecieron, crecieron, hasta cubrir todo el pueblo. Y María Belén apartó la mirada del cuerpo de Renato y los ojos se le llenaron de unas lágrimas que no eran suyas; y entre las lágrimas apareció una sonrisa que corrió por toda su cara, mientras sobre el pueblo comenzaba a llover".

Tal es, a grandes trazos la urdimbre de la novela.

Martín Descalzo es un autor joven aún —"un muchacho" se llama él mismo, con optimista modestia, en la carta-prólogo de su libro— y con todo sus publicaciones se van contando hasta ahora por logros bien merecidos.

"La frontera de Dios" sin ser obra perfecta, es ciertamente una buena novela. No que no tenga defectos —que los tiene— pero posee fuerza, expresión, personalidad, intuiciones de gran alcance, y capítulos del todo magníficos, de pleno logro. Los defectos son locales, parciales, y en parte simplemente tributos a la mocedad del escritor.

Los ragos "seminarísticos" que irrumpen algunas veces; los cabos sueltos que intrigan al lector, cuando cierra el libro —¿qué ha sido de Rodrigo? ¿Cómo se resuelve, en efecto, lo de Magda? ¿Qué es ese cambio que se medio insinúa en Matilde?—; algunos tipos un tanto borrosos; pequeños puntos muertos en la acción... Todo eso y otras cosas como la irrealidad de varios momentos, la innecesaria crudeza de otros, que se podrán y se irán objetando, no sirven para restar méritos esenciales a la obra.

La trama, acérrimamente llevada —si no siempre perfectamente conseguida— es un valor fundamental. Lo que llama una “creación” literaria, extraída de la esencia de las cosas; no un pirueto de anécdotas corticales sin ningún calado, o con la sola frivolidad de la intrascendencia por picante que se la quiera proponer.

En la novela de Martín Descalzo, nos encontramos con una construcción de enorme contenido. Ahí está, si no me engaño, el mérito supremo del libro. No es su estilo, cada vez más de cine y más seguro; no en los caracteres en la acción, sino en la “pasión”, en la corriente interna que atraviesa las páginas por debajo y que produce escalofríos. El realismo y tremendo contacto de los hombres con Dios. El estallido de lo divino entre seres vulgares, nobles y miserables, de un pueblo igual a todos los pueblos. Y el esfuerzo de esos seres por evadirse de la gran realidad, por seguir rumiando mansamente la costumbre de su religión beneficosa, tranquila, humanizada, cuando la tempestad de Dios se impone con luces insoportables para las débiles pupilas.

Renato es como un tardío y moderno Jonás. Se resiste a ser instrumento de terribles cosas divinas:

“¿Por qué le ocurría a él todo esto? No era su oficio hacer milagros. ¿Quién tenía derecho a deshacerle así, la vida? El quería vivir en paz. Sólo pedía esto: vivir en paz. Sencillamente, vivir en paz. ¿Y ahora? ¿Quién detendría la ola? “Renato comprendía que aquello no iba a terminar allí que aquel 25 de mayo le había destrozado la vida para siempre, la partía en dos mitades”.

En efecto, desde entonces, el hombre bueno, simple, el despreciable guardavías es empujado por Dios. Sus palabras y sus afectos se van cargando más aún que de franciscanismo, de Evangelio, de puro Evangelio, si bien de toscas y a ratos molestas apariencias. Sin eso su habla y su acción serían inexplicables en aquel hombre. Un amor a Dios, selvático, inculto, pero poderoso le va ganando dentro de aquel pueblo; en aquel pueblo, que debe causar náuseas de aburrimiento a Dios —como dice D. Macario— porque sin pizca de amor verdadero, todos trafican sórdidamente con la Misericordia:

“Sí, lo más doloroso del juicio no sería siquiera el ver nuestro vacío, sino el saber que Dios es tan bueno que perdona hasta a quienes nos aprovechamos de esa bondad suya para colarnos en la salvación por la puerta falsa de la manga ancha de Dios”.

“—¿La puerta falsa? pregunta algo escandalizado el joven cura D. José Antonio, y sigue el viejo y original párroco:

—Sí. Para entrar en el cielo sólo hay dos puertas: la verdadera, que es la puerta de la santidad y el portillo falso de la manga ancha. Por aquella no pasa casi nadie, pero cuando entra alguien, el Corazón de Dios tiembla como una esquila. Por la otra pasan muchos, casi todos, y cada uno de estos es una desilusión para El”.

Estas palabras del viejo cura nos dan bastante certeramente la problemática central del libro: el tremendo y actualismo problema de lo que realmente Dios “pinta” en la vida del hombre.

Para los de Torre, Dios es fundamentalmente el Provisor de los campos y asegurador de las cosechas. Además, para varios hombres y mujeres, el perdonador y "recogedor" de sus inmundicias. Si no les llueve a tiempo, la Religión ya no les sirve para nada, y hasta habrá alguien tan blasfemo, que tire la Cruz. Los milagros sólo serán medios espectaculares de recobrar la salud o las cosechas. O aún peor; la farsa para explotar a otros ansiosos de ventajas milagrosas.

"Un Dios fontanero —dice Renato—, eso han hecho de Ti. Sólo te llaman cuando hay algo que reparar. Cuando los grifos del cielo se estropean".

Pero antes de esta triste comprensión emocionada, el pobre hombre ha resistido y ha gritado, como cualquier pobre ser de barro:

"¿Por qué me habéis traído? —grita como un profeta furioso—

¿Qué tengo yo que ver con vuestras comedias? Dios va a aplastaros y de un momento a otro! O qué, ¿le engañaréis con vuestros gritos? ¿No véis cómo se ríe de vosotros? No es con oraciones como se aplaca a Dios, sino con sangre. Habéis servido para tirar Cruz y no tenéis cuajo para levantarla! ¿Dónde están los culpables? Aquí, entre nosotros están. Que salgan, vamos. Vosotros lo sabéis. Podéis decirlo. Seguí tan sucios como antes, ¿de qué sirve acordarse ahora de Dios?"

Ese nuevo y agrio profeta, empujado por Dios, no ha cambiado en sus modales de pobre guardavías: por eso da puñetazos, dice palabras recias, pero su alma sencilla y fiel va aceptando por dentro la consagración al Dios verdadero, al Dios—amor. Aunque eso sea— como fué con los profetas, con la Virgen Madre, con los apóstoles y los santos una consagración al desconsolamiento:

"El amor de Dios... —dice D. Macario— ¿qué sabemos nosotros lo que es el amor de Dios? Oh, vivimos demasiado contagiados por las novelas románticas y no nos damos cuenta de que la palabra "amor" en los labios de Dios tiene un sentido muy distinto del que tiene en los de un soldado que dice ternezas a una niñera. El amor de Dios... ¿es qué hay algo más terrible que éso".

Y ese "terrible amor de Dios" ha descendido sobre el pueblo.

En unos el amor de Dios nace tranquilamente como una flor; en otros se clava como una navaja. En todos es el gran milagro, el único verdadero y arrastrador milagro que cambia las cosas, que da sentido a la vida de los hombres.

Cuando el pobre cura moribundo pide a Renato el milagro de poder decir aún una Misa, sólo una Misa que "le deje buen sabor en la boca a Dios".

"La mirada de Renato se hizo ahora más transparente que nunca. Agitó la cabeza.

—Imposible. Yo no sé. Y luego... pídaselo a Dios. Pero sépalo: los milagros no son más que añadidos; en el fondo no sirven para nada de lo que nosotros esperamos. Hay muchos milagros: existir, amar a Dios, servirle. Esos..."

Mientras tanto las campanas de la Iglesia tocaban solas a Misa, a la Misa que no diría ese Sr. Cura moribundo.

La presencia de Dios que busca el amor de los hombres, sólo eso, sólo la voluntad buena de amarle y la humildad de reconocer lejos del gran amor; la presencia de ese Dios va estallando en torno a Renato. "Todas las cosas de Dios bordean la muerte" como dice María confesándose con D. José Antonio.

Pero antes aún ha de afirmarse otro rasgo impresionante: la ternura, la compasión; es decir, el amor del prójimo, adherido como una piel al amor de Dios.

Y a Renato le va ganando ese enorme quejido de la ternura por los demás. Por Pilar, la enferma, para la que va a pedir dinero por el pueblo, por si le pueden comprar antes que muera, la medicina; por Magdalena, aquella noche en que desesperada, sabiendo que quieren hacer abortar su hijito, se encamina a las vías para echarse al tren... Y Renato, naturalmente, como en un pasaje del Evangelio, la serena, la hace descansar y la defiende de la farisaica jauría del pueblo indignado. Especialmente la simpatía por los niños—María Belén, el ciegucecito Juan Carlos, al que enseña a ver por dentro:

"Renato sintió como si renaciera el miedo. Ahora ya no temía por él. Ni siquiera por Dios. Temía por el niño. Por todos los niños del mundo, Se encucilló hasta que su rostro estuvo a la altura del muchacho. Dijo casi llorando:

—No, que no veas. Que Dios te conserve la ceguera . . . "

Pero es el mismo pueblo, todo el pueblo, hostile y sombrío, el que cabe en el corazón del guardavías: "Oh, quisiera tanto que lloviese! . . . Me da una pena enorme del pueblo . . . Señor, debe llover; compréndelo, debe llover. Y de pronto sintió miedo de lo que acababa de decir. Añadió: —Si es posible."

Renato está entre dos mareas; entre los hombres y el cielo, como esos ángeles de Greco; entre lo divino y lo humano, como un profeta; como todos los "profetas" y "enviados" que hay constantemente suspendidos entre los pueblos y los cielos, para dar testimonio de que el amor es posible, que es lo único realmente posible si hay que seguir viviendo como hombres y como hermanos.

A esos hombres de Dios los codeamos por la vida ordinaria: tal vez son cobradores de tranvía, oficinistas, mecánicos, pastores o sacerdotes. Pueden ser cualquiera: la esposa de un agricultor o del cacique del pueblo. Porque Dios atraviesa la frontera por cualquier sitio, y se presenta inesperadamente. Ya sabe que no todos le darán entrada. Al menos en algunas si quiere entrar: ellos bastan para mantener la "presencia". Ellos serán el milagro del amor y por ellos se harán otros milagros, de esos que no sirven para lo que esperaban los hombres, sino para lo que no esperaban: para que se abra más la frontera con Dios.

Martín Descalzo suponía que su obra daría que hablar. Yo creo que sobre todo hace pensar.

El autor no ha querido hacer ni una apología ni una crítica de la Iglesia, del Catolicismo español, de la meseta castellana, de los milagros o las peregrinaciones de enfermos. Es posible que algunos crean ver algo de eso en el libro. Entonces querrá decir que sólo se han detenido en la corteza, y que la miran como una simple caricatura.

Pero los curas de "La frontera de Dios", no son la Iglesia; ni los hombres de Torre son los españoles; ni los enfermos que rezan son los de Lourdes o Fátima.

Es más, es mucho más que todo eso. Es el alma despellejada de los seres humanos que viven hoy: el problema fundamental de los espíritus de hoy —y de siempre— que no es, como cree Malraux, saber si "*sur cette vieille terre d'Europe l'homme est mort*", sino descubrir si se abre la frontera que hemos levantado ante Dios, con el pecado, la estupidez y aún la misma rutina religiosa.

De este modo Martín Descalzo entra en el área de grandes escritores, para quienes como un hecho consolador, o como un peaje molesto pero ineludible, la espina esa de Dios está clavada en el centro de cada pueblo y de cada hombre: Los más luchan cobardemente contra ella, para soñar en un gozo terrestre imposible, y entran al fin por la puerta falsa de la misericordia y la tristeza de Dios; unos pocos aún con miedo, con mucho miedo, aceptan plenamente la espina. Y cuando han sido destrozados por la epifanía invisible de Dios, florecen sus dolores en bendiciones sobre los mismos blasfemos y cobardes, con lluvia sobre sus campos. Y hacen que tiemble de gozo, como una esquila, el Corazón de Dios.

Creemos que esta obra abre un campo dilatado a nuestro sano pensamiento novelístico y empuja a los lectores hacia unos gustos y preocupaciones más serias y fecundas. Esperamos que su versión cinematográfica —que ya está en camino— ponga a disposición de muchos más el hondo mensaje de ese Dios siempre empeñado en pasar la frontera de nuestra carne.